

HISTORIAS DE CIUDADES

LA ROMA DE JULIO II

De la ciudad del ladrillo a la del marmol.—La corte pontificia.—El Pasquino.—De Julio II a León X

SIN duda, Roma es la ciudad por excelencia y por antonomasia. Por dos veces en el transcurso de su larga historia se ha alzado con la capitalidad del mundo occidental. La Roma de los Papas ha sido en el plano espiritual tanto como pudo ser la Roma de los Césares en el plano físico. Los caminos que han conducido hasta la tumba de los Apóstoles, no han sido establecidos como los que en tiempo del Imperio han llevado hasta el Capitolio. Pero, desde luego, fueron igualmente frecuentados. Si bajo los Antoninos vemos llegar a Roma soldadós galos, jinetes númidas, escritores de la España tarraconense y de la España bética, artesanos griegos y judíos, cortesanas del Próximo Oriente, a lo largo de la Edad Media y del Renacimiento no cesa la afluencia de romeros, de santos, de sabios, de artistas, de aventureros, de curiosos...

La diferencia consiste en que la Roma cesárea atrae por la fuerza de sus legiones y la fama de sus monumentos, por su pujanza y por su grandeza, al paso que la Roma pontificia, sobre todo en las oscuras centurias de su formación, no es más que una gran aldea, sórdida y pestilente, en medio de la cual resplandece con creciente fulgor un poder eminentemente moral. Podría decirse que durante toda la Edad Media, Roma es una especie de cementerio, en que bajo las inmundas callejas llenas de estiércol, se descompone el cadáver de la magnífica urbe pagana. Y por aquí aflora una columnata, y por allá la mole del Coliseo, y dentro de tal Basílica subsiste un friso, y bajo la tierra de tal casuca se descubre un mosaico admirable...

Hay que llegar al pontificado de Julio II para asistir a un esfuer-

zo deliberado, y sobre todo, sostenido, para revestir de grandeza material la sede suprema de la cristiandad. No es que algunos de sus antecesores, ya henchidos de savia renacentista, dejaran de sentir la comezón de reformas y el prurito de fastuosidades. Pero, ni Alejandro VI, que inició la apertura de la avenida que después llevó su nombre—Via Alessandrina—, ni el mismo Sixto IV, que contó con más medios y acometió mayores empresas, lograron cambiar esencialmente la faz de la urbe. No es de extrañar que, cuando el rey de Nápoles, Fernando V, el hijo bastardo de nuestro Alfonso el Magnánimo, fué a visitar a Julio II, pudiera decirle en un raptó de franqueza, que Roma le parecía una de las ciudades más inmundas del orbe. La censura no caía en saco roto, tanto más cuanto el nuevo Papa, hombre de grandes arrestos, que sentía como nadie la dignidad del solio pontificio y respiraba a pleno pulmón el aire del Renacimiento, llevaba ya la idea de reemplazar la ciudad de ladrillo por una ciudad de mármol.

Para coronar sus reformas, Julio II emprende la obra que le otorga una gloria imperecedera: la construcción de la Basílica de San Pedro. Nótese que, en un principio, sólo trató de mandar construir un panteón para sus restos. Miguel Angel, con quien había reñido hacía tres años a consecuencia de un disentimiento, fué encargado del proyecto. Este fué de tal importancia, que no cabía dentro de la antigua Basílica medieval. ¿Qué hacer? ¿Reducir la tumba o ensanchar la iglesia? Sería desconocer el templo y la noble ambición de Julio II, imaginar que se inclinó a la solución más modesta y menos costosa. Mandó derribar el viejo templo y encargó a Bramante los planos del nuevo. Su decisión, incluso tratándose de una época que sintiendo la pasión de las antigüedades clásicas, distaba mucho de nuestro grado de diletantismo, no pasó sin provocar algunas protestas y dar pie a considerables escrúpulos. Algunos cardenales juzgaban poco menos que sacrílega la idea de echar al suelo una iglesia venerada por numerosas generaciones, asociada a gloriosísimas efemérides, donde cada piedra podía ser considerada como reliquia. Algunos eruditos también se atrevían a formular sus quejas... Julio II no hizo caso a unos ni a otros. Quería que se le construyese la Basílica mayor del mundo, y precisamente sobre el mismo emplazamiento de la antigua, y así se hizo.

Ni él ni Bramante, autor del proyecto, pudieron ver concluida la magna obra. Seguramente si uno de los dos, por milagro de longevidad, hubiera podido presidir su construcción hasta el fin, se habrían evitado ciertas modificaciones desgraciadas, especialmente en

su enlace con el Vaticano, que le han robado grandeza y armonía. Tal como hoy se eleva en la plaza que terminó Bernini con su famosa columnata, la Basílica de San Pedro cuenta entre los mayores alardes del afán constructivo de los humanos y da a la Ciudad Eterna una majestad incomparable. Si, como quiere Spengler, la cúpula es el signo plástico del ideal de Imperio, no se puede negar que la época de Julio II y de Miguel Angel sintió ese ideal con la máxima intensidad posible. Por otra parte, admitiendo la doctrina de Eugenio D'Ors, que hace de la cúpula el símbolo perfecto del sentido de monarquía, ¿dónde puede éste aparecer más rotundo y mayestático que en la Basílica de San Pedro? No es eso todo. En 1507 se inicia la decoración de las "stanze". Comienzan los pintores, Sodoma el discípulo de Leonardo, Baltasar Peruzzi, Ghirlandajo, el Perugino, Signorelli... Termina Rafael. Y entre tanto, Miguel Angel produce los inigualables frescos de la Capilla Sixtina.

Roma llega a uno de esos momentos de madurez en que la fuerza se alía con la gracia, en que la perfección conserva todavía el sabor de la novedad, en que el gusto se torna poderosamente exclusivo. Es milagroso. Si Roma no tuviese el título de categoría celeste, este milagro por sí solo la señalaría a la admiración de las generaciones. Sin embargo, a Julio II no le bastaba su porfía de aumentar el lustre y la grandeza de Roma. Tenía a su alrededor, además de la maravillosa pléyade de artistas, que eran de suficiente altura para dar forma a sus vagos anhelos, un vasto grupo de magnates capaces de estimularlos y de protegerlos, de darles piedras con que edificar, muros donde pintar y jardines para poblar de estatuas. A la cabeza de ese grupo se hallaban los cardenales, la corte pontificia.

Durante muchos años, sólo ella resplandece dentro de los estrechos límites de la ciudad. Desde Erasmo hasta Montaigne, todos los viajeros ilustres que visitan la ciudad de San Pedro notan este hecho. "Sin la corte pontificia—dice el obispo Geovio—, Roma parecería más bien un desierto que una ciudad." ¿Exageran? En todo caso, la riqueza y el esplendor de la joya obligaban a olvidar la calidad del estuche. El peregrino o el curioso que llegaba a las orillas del Tíber, quedaba pasmado por la suntuosidad de los palacios en que habitaban los cardenales, por su tren de vida, por la muchedumbre de sus servidores, por el refinamiento de su mesa, la opulencia de su biblioteca, el arte de sus músicos y de sus poetas...

Para formarse siquiera una idea de lo que fué esa corte pontificia en los años mejores del Renacimiento, hay que empezar por darse cuenta de que el capelo cardenalicio era discernido con un cri-

terio asaz diferente del que domina en nuestros días. La mayoría de los cardenales que rodeaban a Julio II, como los que rodearon al Papa Borgia, o como los que debían rodear a León X, pertenecían a las más destacadas familias italianas. Eran grandes aristócratas. La púrpura caía precozmente sobre sus hombros, no como acto de reconocimiento de virtudes individuales, sino como acto de captación política. No nos sorprende, pues, que el cardenal Hipólito de Este, de la casa reinante en Ferrara, fuese obispo a los nueve años y entrase en el Sagrado Colegio a los doce, sin pasar por ello a la historia en méritos de sus virtudes ascéticas, ni su ciencia de teólogo, sino como consecuencia de sus dotes de general y su victoria sobre los venecianos en Polesella. Giovano de Médicis, después de León X, había recibido el capelo a los trece años. Galeotto della Rovere, pariente de Julio II, a los veinte. Alvaro Petrucci, a los veintiuno. Francisco Pisani, a los veintitrés... Rabelais, para designar a todos esos purpurados imberbes, les llamaba "cardinacules"... Aunque no faltase en su Colegio algún sabio eminente, algún latinista de primer orden, es preciso reconocer que, en general, no gozaban fama de instruídos. "Para cardenal, ya sabes bastante", se decía corrientemente. Pero, en cambio, esos aristócratas metidos sin vocación a intervenir en los asuntos de la Iglesia, poseían la distinción de maneras, la seguridad de gusto y la elegancia natural, la prodigalidad sin énfasis, que son atributos de un auténtico patriciado.

Fueron ellos los que iniciaron con sus palacios la nueva edificación de Roma. Entremos en una de esas mansiones cardenalicias, cosa tanto más fácil cuanto muchas de ellas subsisten y son ornato de la Roma moderna. Penetremos en el palacio del cardenal Riario, hoy de la Cancillería. Sobre el atrio aparecen las cuadras y la sala de armas. También en la planta baja se abren las habitaciones extraordinariamente espaciaosas, que la hospitalidad del dueño de la casa destina a sus huéspedes. La Biblioteca no dista de la entrada y está expuesta a Levante, para que los lectores disfruten de los rayos del sol, bastando ser estudioso para atravesar sus umbrales. En una sala vecina se dan lecturas en voz alta; es una sala circular, sin adornos que podrían distraer al auditorio. En la sala de música aparecen sabiamente distribuídas grandes vasijas de tierra o jarrones de bronce, que evitan la resonancia y endulzan la voz humana... ¿Para qué seguir? Estos detalles bastan al objeto de dar idea de los principios que rigen la construcción de tales palacios. Paolo Cortese los compiló en un libro curioso, que debió ser el código de los arquitectos de la época: "De Cardenaltu". Entre el cúmulo de recomendaciones

y consejos que contiene, destaquemos los relativos a la sala de espera destinada a los visitantes. Cortese no se muestra partidario de dotarla de aberturas disimuladas, a través de las cuales pueda espiarse a los visitantes que aguardan turno para ser recibidos, y escuchar sus conversaciones. No. Cortese se inclina a la instalación de tubos acústicos, que puedan desempeñar en mejores condiciones esta indiscreta función... Para algo estamos en el Renacimiento, en lo fuerte de las intrigas, de las conjuraciones y de los asesinatos. Cortese aconseja, en lo referente a los frescos que deben decorar los muros, la conveniencia de que evoquen altos hechos de armas. Reconozcamos que los cardenales de la época prefirieron a menudo los temas mitológicos, como puede verse en el Palacio Farnesio.

En fin, lo cierto es que en torno a esos príncipes gallardos y mundanos de efigie inmortalizada por Rafael y sus colegas, alrededor de esos aristócratas poseedores de numerosos y pingües beneficios, a pesar de los cuales se vieron frecuentemente en la necesidad de acudir a los prestamistas, se aglomeraron los bellos tapices, la rica orfebrería, las armas preciosas, los órganos y los claves. En su guardarropa alternaba el brocado con el satín de Venecia, las pieles de "petit-gris" con los lienzos más finos, los encajes y los bordados. En su servidumbre, que a veces comprendía centenares de personas, figuraban turcos y tártaros, indios y negros. Sus cuadras testimoniaban su gran afición a los ejercicios hípicas y a las grandes cacerías, a las cuales asistía no pocas veces el propio Pontífice.

La corte pontificia lo era todo, el resto no era nada, hemos dicho repitiendo la sentencia de todos los viajeros, desde Erasmo hasta el Presidente De Brosses, que llega a Roma mediado el siglo XVIII. Entiéndase, sin embargo, que en torno al Papa y a su Sacro Colegio, no dejaban de descollar algunos hombres civiles, algunos laicos. E incluso algunas mujeres. La que en esta época alcanza una celebridad poco menos que mística es Imperia. Sus orígenes, aunque probablemente patricios, no eran demasiado brillantes, y por lo que a su posición se refiere, no parece haber descansado sobre bienes muy importantes ni muy sólidos. Pero su gracia y su belleza le granjean un culto ferviente. "Marte dió a Roma su Imperio—se decía—; Venus le ha dado su Imperia. La fortuna le ha robado el Imperio; Imperia le ha robado el corazón." Murió joven, a los treinta y dos años, dejando una nostalgia infinita. ¿Es acaso la mujer arrodillada de la "Transfiguración" rafaelesca? ¿Es la Caliope del "Parnaso"?

Otro personaje que desempeña un papel de primer plano en la Roma de Julio II es el banquero Chigi, Agostino Chigi, que se alzó 5

con la jefatura de la aristocracia financiera y eclipsó pronto a los descendientes de las grandes familias, los Orsini, los Colonna, que habían ensangrentado la ciudad con sus interminables querellas. Chigi era oriundo de Siena. No sólo creó la banca más importante de Italia, sino que sobrepujo a todas las de Europa. Se le atribuía una fortuna de 800.000 ducados y una renta de 87.000. Cien bajeles navegaban por su cuenta. Más de 20.000 personas trabajaban a su servicio. Trescientos caballos en sus caballerías, 300 bueyes y 12.000 carneros en su dehesa. Para hundirlo, se conjuraron una vez casi todos sus rivales y lanzaron contra su banca una muchedumbre de acreedores presa del pánico... Chigi mandó abrir las puertas de par en par, y pagó a cuantos quisieron cobrar. El pánico cesó en seguida.

Fué el prestamista de los reyes y de los príncipes. Prestó a César Borgia. Prestó a Carlos VIII de Francia. Julio II, que también tuvo que recurrir a sus arcas, le colmó de honores, entre ellos el de usar el apellido Della Rovere, y el aun más exorbitante de crear doctores en teología, en filosofía, en medicina y en jurisprudencia. Era analfabeto, pero protegió las letras con claro discernimiento. En la imprenta que creó y sostuvo, se imprimieron obras de Besabo, de Giovio, de Bibiana. Fué generoso con los artistas. Cuando murió, sus funerales tuvieron la misma pompa que los de un soberano.

¿De dónde le vino el nombre al Pasquino, la estatua parlante de Roma? No se sabe con certeza; es decir, varias leyendas aspiran a explicarnos por qué la célebre estatua de Menelao, descubierta por el cardenal Garaffa bajo un montón de inmundicia, y que gracias a sus cuidados fué colocada sobre un pedestal en una plaza de Roma, ha pasado a la historia con el nombre de Pasquino. Tal vez fué un sastre del vecindario llamado Pasquinio quien le transmitió el nombre. Lo seguro es que la Roma del Renacimiento no sería lo que es sin esta célebre escultura y sin la curiosa costumbre que nació a sus plantas.

Por la fiesta de San Juan Evangelista, un chusco tuvo la idea de descifrar a Pasquino; otro tuvo la ocurrencia de apoyar en su pedestal un cartel con unos versos latinos, que, al pararse la procesión delante de la estatua, como todos los años, adquirieron una notoriedad rápida y extensa. Y el hecho cuajó en costumbre. Se multiplicaron los carteles. Un buen hombre, más o menos literario, se atribuyó las funciones de censor. Su censura fué benigna. Pronto, de

to romano y con intenciones satíricas. Estos desahogos de poetillas anónimos o de personajes agraviados, recibieron el nombre de pasquinadas. Las pasquinadas fueron a menudo venenosas, descocadas e irreverentes. Pero nadie se inmutaba. Roma en aquella época era una de las ciudades más deslenguadas del mundo. Alejandro VI lo declaró un día paladinamente: "Roma es un país donde cada cual escribe y dice lo que le da la gana." Y Julio III contestó a Cosme de Médicis, cuando le pedía la extradición de Bindo Altoviti, por haberle injuriado, que en sus Estados todos podían hablar a su antojo, y que si el Papa se pusiese a expulsar a cuantos maldicen de su persona y de su gobierno, pronto se quedaría sin súbditos. Pasquino no fué más que un aspecto, quizá el más popular y pintoresco de esa licencia romana que tanto admiraba a los extranjeros.

Julio II era un Della Rovere; León X, que le sucedió, era un Medicis. Si el primero tenía un carácter entero y un alto ideal de unidad italiana que procuró servir a la manera de la época, es decir, con violencia y con astucia, el segundo era un epicúreo, en el sentido desviado que suele atribuirse a este calificativo. Únicamente, la pompa y la sensualidad parecían interesarle. Su ambición era de vuelo corto. Sin duda el Renacimiento halló en sus larguezas y en sus gustos un estímulo sin medida. Pero, planta excesivamente cargada de fruto, necesitaba tutores, tanto o más que riego y abonos. León X no tenía vocación de tutor. Se quitó de delante a Miguel Angel, que le molestaba como antiguo enemigo de su familia y como hombre de convicciones arraigadas, y se dedicó a explotar el maravilloso genio de Rafael, hombre dócil que, al morir aún joven, debía dejar el germen del academicismo, es decir, de la decadencia.

¿Queréis tener una idea, igualmente apartada del cuadro que del cromo, de la Roma de fines del XVII? Vamos a visitarla en rápido giro...

En su conjunto, la venerable urbe se nos aparece como un dédalo de callejuelas tortuosas y de callejones sin salida, atravesados longitudinalmente por dos o tres vías anchas y rectilíneas. Aquí y allá se abren pequeñas y grandes plazas, decoradas siempre, eso sí, con gigantescos obeliscos o fuentes monumentales. Por todas partes muestran sus nobles fachadas palacios imponentes y señoriales moradas, cuyos anchos portales dejan entrever los vastos patios interiores. Junto a casonas menos artísticas, a edificios miserables, o bien a iglesias de todos los estilos que se suceden sin interrupción, hállanse no pocos espacios vacíos, plantados de viñedos o cubiertos

de junco, afeando el conjunto urbano. Entre la cadencia de las fontanas que profusamente extendidas por toda la ciudad lanzan el cristalino chorro de un agua purísima y refrigerante, se agita una masa popular acostumbrada a los grandes contrastes. Las tiendas, por regla general, pobrísimas, sotabancos o montadas al aire libre, presentan la misma vasta y heteroclítica mezcla de motivos que la ciudad en su amplio recinto. Así se explica que las tiendas de comestibles vendan al propio tiempo hilos y tejidos, los papeleros trafiquen con el tabaco, los sastres con las imágenes y objetos de culto. De vez en cuando se presenta ante los ojos un escaparate pintado en tonos agresivos, de amarillo, verde o blanco, signo indicador de que nos hallamos ante una barbería, la cual adopta ese chillón colorido para que las familias de los enfermos sepan en plena noche dónde pueden encontrar un sangrador. No faltan tampoco los figones humeantes y de olor acre, cuyas especialidades son los guisados picantes espolvoreados con queso, o platos de macarrones que el bajo pueblo come mezclándolos con pescado y huevos duros.

Entre ese cúmulo de ensortijadas callejas circulan enjambres de clérigos o por lo menos de gentes que aun sin serlo llevan vestido talar, porque en la Roma donde acabamos de poner nuestras plantas, existen mil empleos y otras tantas pequeñas combinaciones para usar el hábito clerical, que da tanto tono y constituye como una recomendación, aun sin pertenecer al sacerdocio. Los nobles se visten a la moda española, en tanto los pobretes lucen harapos más o menos bien remendados, que tratan de esconder bajo una larga capa amarilla. El aire exteriormente austero de la ciudad se agrava por la costumbre que veda a las mujeres salir a la calle sin esconder el rostro bajo una especie de cofia que les llega hasta la altura de los senos y les permite en cambio contemplar impunemente a las gentes con quienes se encuentran en su camino. Van siempre precedidas por un criado, y las que no pueden tenerlo de modo permanente, lo alquilan para sus salidas, por lo cual se ha constituido una verdadera profesión de acompañantes que no hacen otra cosa, o alternan este menester a veces limitado a la misa matinal, con otros menudos oficios lucrativos. Las cortesanas, cargadas de joyas, luciendo trajes vistosos de ancha falda bordada con un galón amarillo, o de puntilla negra, autorizadas para no usar la cofia, alardean por todas partes impunemente de su belleza, que realza el alto peinado de artísticos bucles y adornos de oro y plata, a pesar de las ordenanzas papales severamente restrictivas en materia de lujo. Entre

la multitud llena de colorido y variedad, pasan los vendedores ambulantes, casi siempre judíos, pregonando sus mercancías; las pesadas carrozas con cimera roja de la nobleza, arrastradas por seis hermosos caballos; las calesas de dos caballos, usadas generalmente por la burguesía, y las sillas de mano bellamente pintadas.

Los príncipes de esta ciudad pontificia, ya lo hemos dicho, son los Cardenales. Cuando han de desplazarse con cualquier motivo especial, una legión de criados marcha precediendo su paso, y un ayuda de cámara les sigue teniendo abierta sobre su amo una gran sombrilla de color violeta púrpura. Si van dentro de sus coches y se encuentran de tránsito dos cortejos cardenalicios, es preciso desplegar toda una compleja operación de estrategia etiquetera para salvar el obstáculo. En efecto, la carroza del más moderno debe pararse antes de la del mayor antigüedad en el cargo, y a aquél corresponde descender el primero para saludar a su colega, quien no desciende sino cuando el otro cardenal ha avanzado unos pasos hacia su encuentro. Si uno de ellos ha bajado primero y va a pie por la calzada, un conjunto de minuciosas reglas estatuye la manera cómo los dos coches han de cruzar, y este complicado ceremonial se aplica también, variando los matices, al cruce de coches diplomáticos y de altos dignatarios de la corte pontificia, pues no se olvide que las calles de Roma son muy estrechas y se hallan de continuo interceptadas. Todo ello da lugar a verdaderas luchas y discusiones entre cocheros, palafreneros y demás personal subalterno, quienes se injurian entre sí, discuten desaforadamente, y en ocasiones, los dueños, tomando parte en la pendencia, descienden con las espadas desenvainadas, para decidir tras sangriento combate una simple cuestión de preeminencia en el tránsito.

Si nos fuera posible entrar en el palacio Farnesio una noche de recepción, veríamos el más completo cuadro de la gran sociedad romana. Este palacio, construido con losas y materiales arrancados del Coliseo durante esos siglos bárbaros en que los monumentos antiguos servían de inmensas canteras abiertas a la rapacidad de los señores, tiene una fachada de viso modesto, pero que delata su grandiosidad. Un airoso pórtico encuadrado por columnas dóricas conduce a un patio interior rodeado de galerías abovedadas. Apenas ha sonado el Angelus vespertino, dan término las ceremonias oficiales, y los sacerdotes y monseñores pueden circular con trajes cortos, sin tenerse que saludar entre sí ceremoniosamente. Las fiestas dadas por los Cardenales comienzan precisamente entonces y acaban con

las primeras horas nocturnas, casi cuando se inician las de la nobleza. El príncipe Farnesio abre sus salones a las diez de la noche. Los invitados atraviesan el ancho portal donde les reciben los ujieres y criados, acompañándoles hasta el primer piso, mientras su propia servidumbre los aguarda en el bajo con la del dueño de la casa. Cuando la fiesta no es de gran rango, la recepción tiene lugar en el segundo piso. Allí un sinnúmero de brillantes salones, comunicando entre sí, inundados por la radiante luz de altos candelabros, mostraban la flor del señorío romano. Los gentiles-hombres formaban animados grupos con los monseñores; los cardenales, a veces vestidos de abates, con medias y pantalón rojos, color que delataba su alta alcurnia, recibían generales muestras de acatamiento. Otros nobles romanos permanecían sentados en anchos sillones o divanes forrados de terciopelos rojos con galón dorado, y mientras tanto, los criados, luciendo grandes libreas bordadas, pasaban de uno a otro lado, ofreciendo confituras, agua fresca y chocolate. Las mujeres, esas bellezas morenas de ojos apasionados que son la suprema delicia de la Roma mundana, asisten a muy pocas de esas reuniones, pero cuando lo hacen, dan a la fiesta un esplendor inusitado. Todas tienen su sigisbeo, más celoso de ellas que su propio marido, y a él corresponde acompañarlas por todas partes, estar pendiente de sus caprichos, aguardarlas pacientemente en su antecámara horas y horas, ayudarlas a aderezarse y asistir con ellas a los oficios, manteniendo una relación que dura diez y a veces veinte años, a la que consagran casi todas las horas del día. Al llegar la media noche, los criados ofrecen sorbetes a la canela y chocolatinas. La fiesta termina, y los Cardenales son acompañados por cuatro lacayos con antorchas encendidas hasta el portal, donde toman sus coches para atravesar una Roma envuelta en sombras y asechanzas. Los demás personajes son conducidos hasta la calle por sus criados de librea, y los de menos importancia por un ayuda de cámara.

Los dos centros urbanos donde coincide mayor número de gentes son el Corso y la Plaza de España. Esta última se halla protegida por la Embajada de nuestro país, esencialmente celosa en el mantenimiento de sus fueros, por los cuales pretende ejercer una especie de soberanía en los ámbitos de la misma, y llega su prestigio hasta el punto que los esbirros pontificios no se atreven a detener a nadie dentro de ese espacio discutido. Allí se reúnen multitud de calesas y carrozas, pues tienen por costumbre pararse ante el palacio de la Embajada española, y un enjambre de gentes a pie, caballeros, aba-

tes, monseñores, van a pasear allí durante horas y horas, permaneciendo a veces apoyados junto a las ventanillas abiertas de los coches, manteniendo conversaciones interminables con las damas que se hallan dentro. En el Corso, los carruajes circulan de continuo, pero con marcha lenta. Es la más hermosa calle de Roma, y recibe este nombre por celebrarse allí las carreras del Carnaval. Tanto los edificios como el pavimento son desiguales, codeándose palacios con casucas miserables y presentando el suelo profundos baches. A la extremidad del Corso se abre la plaza del Popolo, en cuyo centro se eleva el Obelisco que mandó transportar el Papa Sixto V, en torno del cual pueden los coches dar la vuelta para reemprender su paseo. Desde ella se ofrece una bellísima perspectiva, ya que arrancan allí tres calles rectas y excepcionalmente largas: la del Corso, que ocupa el Centro y va hasta el Capitolio; la de Babuino, que se dirige al palacio veraniego del Pontífice, llamado Quirinal, tras haber atravesado la plaza de España y la de Ripetta, que va hasta el Anfiteatro. En estas calles se alzan dos iglesias dedicadas a la Virgen, siendo tan semejantes entre sí, que se denominan "las hermanas".

Roma no había sido en realidad más que una especie de inmensa estufa prodigiosa, en que habían crecido plantas traídas de toda Italia, y especialmente de Florencia. El agro romano carecía de semillas propias en la época en que aforó el Renacimiento. De la misma manera que en literatura no hizo sino dar al toscano, impuesto por Dante a toda Italia como lengua nacional, una sonoridad más bella que la que tenía en bocas florentinas, en arte no supo hacer mucho más sino engrandecer, casi nos atreveríamos a decir que hipertrofiar, determinadas cualidades exquisitas, engendradas en las márgenes del Arno. Sin embargo, en espiritualidad y alta política, fué maestra de todas las ciudades y principados del Mundo, y conserva siempre llameante el ideal del Imperio y el genio de la universalidad.

A ella es preciso retornar, hoy como ayer, para bañarnos en la luz cósmica de los eternos principios de ordenación espiritual y política que tan plenamente encarna, si no queremos naufragar en el caótico mar de los deliquios destructores, o ser barridos por la oleada de infrahumanidad que se agita en las estepas orientales.

EDUARDO AUNOS